L

a continuidad de la educación por medio del desarrollo de clases remotas ha representado para los docentes y sus estudiantes grandes retos. La capacidad de ambos para adaptarse a las nuevas circunstancias ha sido puesta a prueba. A la fecha llevamos más de un año resignificando el aula de clase.

Cierto es que antes de la pandemia del Covid19 el modelo de la educación virtual o remota ya se aplicaba alrededor del Globo, pero este era visto como una forma alternativa y novedosa de acceder al conocimiento. Desde marzo del 2020, la única manera plausible que hemos tenido para el desarrollo del quehacer académico ha sido por medio de una pantalla, unos audífonos y un micrófono.

Con este cambio intempestivo en el modo de conocer, nos hemos percatado que existen otras maneras por medio de las cuales nos podemos formar y ello ha producido una transformación en los paradigmas de la academia.

Por un lado, los docentes se percataron de algunas oportunidades para mejorar su pedagogía y obtuvieron nuevas herramientas para potenciar su función y comunicar su conocimiento y experiencia con un público cada vez más numeroso de estudiantes.

Lo anterior, ofreció una alternativa interesante a las limitaciones que se desprendían de un modelo de educación presencial, en el cual era necesaria la coincidencia entre el lugar donde “está” el conocimiento y el lugar donde se encuentra quien lo necesita.

Por otro lado, los estudiantes debieron abrazar el rigor de la responsabilidad de su propia educación. Se podría decir que en la virtualidad los estudiantes ejercitaron en grado superlativo su libertad. Pues ante la “ausencia” física del docente, los estudiantes deben autorregular su conducta para:

i. Adaptar el lugar desde el cual ahora realizan su formación, pues este no estaba concebido para la actividad académica y,

ii. Asumir la disciplina necesaria para garantizarse a ellos mismos que empuñan con suficiencia el conocimiento.

Hoy en día la virtualidad ha planteado una solución invaluable para continuar la interacción con los “otros”. Generó los medios necesarios para evitar que la pandemia se convirtiera en un gigantesco paréntesis, que detuviera al mundo. Sin embargo, ha generado un sinfín de problemáticas e interrogantes, que nos han hecho reflexionar sobre si existe equivalencia entre lo emprendido en la virtualidad y lo realizado en la presencialidad.

Ahora con los avances en la aplicación de la vacuna, pareciera que todo apunta a retornar a espacios educativos presenciales y seguros. Empero, el retorno no solo debe ser un ejercicio de reanudación, sino de resignificación, porque ahora que “volver” es una posibilidad, será crucial repensar el significado de estar en presencia del “otro” y aprender a su lado.

*Luis Fernando Calderón Arellano*